

SER SIGNOS DE ESPERANZA VALIENTE

(Asociación para la
Misión)

46th Capítulo General
Hermanos de las Escuelas
Cristianas 5 de mayo de
2022
Pattaya,
Tailandia (Roma,
Italia)

Bryan N. Massingale, S.T.D.

Es un placer estar hoy con ustedes. Les agradezco el privilegio de dirigirme a este capítulo, que llega en un momento crucial, no sólo para la vida de este Instituto, sino también en una costura crítica de la historia de la Iglesia y de la comunidad humana.

Me dirijo a vosotros como hermano, como alguien que, al igual que vosotros, ha sido convocado por Dios, y se esfuerza por la gracia, para responder al fuego interior que nos impulsa a gastar nuestras energías en aras del Reino de Dios. El "Reino de Dios". ¡Qué frase tan pregnante! Meditaré sobre ella más adelante en este discurso.

La principal pregunta que les planteo al comenzar sus deliberaciones sobre el futuro de este Instituto es la siguiente: *¿Qué significa ser un signo de esperanza valiente en un tiempo que no sabemos nombrar?*

Obsérvese que doy como lugar para mi dirección "Pattaya, Tailandia". En la carta en la que se anunciaba la difícil decisión de trasladar esta reunión del Capítulo fuera de las periferias a la Casa Generalicia, el Hermano Superior General subrayaba "la importancia de mantener el espíritu esperanzador, audaz e inspirador que estaba

presente cuando Pattaya era

elegidos". Con ese espíritu compuse este discurso, buscando discernir una visión de nuestro tiempo desde las periferias, para escuchar lo que las voces de los marginados de los bordes de la vida y la preocupación del mundo podrían estar llamándonos.

En este discurso, quiero compartir con ustedes intuiciones que han estado rondando mi oración durante los últimos dos años. Lo que ofrezco es más una reflexión que una tesis totalmente elaborada. Por tanto, es una invitación al diálogo y al discernimiento comunitario. De hecho, esta es una de las principales razones por las que acepto la invitación a estar con vosotros: la oportunidad de compartir el fruto de mi contemplación mientras nos enfrentamos a un mundo y a una iglesia al borde de transiciones y cambios sin precedentes. Un mundo y una iglesia que nos exigen *valor*. Valor para un tiempo intermedio.

La inspiración para mis reflexiones proviene de un poema que puede o no resultarte familiar. Te invito a escuchar sus estrofas iniciales mientras movemos nuestras mentes, corazones y espíritus en este tiempo juntos (los énfasis son míos):

Para el tiempo intermedio
por John O'Donohue

Cuando cerca del final del día, la vida se
ha agotado Fuera de la luz, y es
demasiado pronto
Para que la mente de la noche haya
oscurecido las cosas,

Ningún lugar se parece a sí mismo, la
pérdida del contorno hace que todo parezca
extrañamente intermedio, inseguro de lo que
ha sido, o de lo que podría venir.

Bajo esta luz tenue, incluso los árboles parecen carecer de fundamento.

Dentro de un rato será de noche, pero nada aquí parece creer el alivio de la oscuridad.

Estás en este tiempo de
interinidad donde todo parece
retenido.

El camino que tomaste para llegar hasta aquí
se ha desvanecido; el camino a seguir sigue
oculto para ti.

**"Lo viejo no es tan viejo como para haber
muerto; lo nuevo es aún demasiado joven
para nacer".**

No puedes reclamar nada; en
este lugar del crepúsculo,
Tus ojos están
borrosos; Y no hay
espejo.

Quiero que nos detengamos en esta noción de estar en un tiempo intermedio, un tiempo indefinido, un tiempo sin nombre y por ahora innombrable. Podríamos utilizar otras palabras para describir este estado, palabras como "liminal" y "transicional". Pero estos términos se han vuelto quizás demasiado familiares por su uso casual en nuestro discurso religioso y de formación; se han cooptado con un significado que puede perjudicar nuestra conversación y pensamiento.

Interino. Intermedio. Intermedio. No se puede retroceder, pero no se sabe dónde está el avance. El colapso de la seguridad y la certeza en medio de lo desconocido e incógnito.

En un discurso de 2015 ante una conferencia nacional católica italiana, el Papa Francisco declaró,

"No estamos viviendo una época de cambios, sino un cambio de época".¹ Una cosa es vivir en una época de cambios rápidos y trascendentales. Eso es suficientemente vertiginoso y desorientador. Pero ¡un cambio de época! Vivir en la cúspide de algo que marca una forma exponencialmente diferente de ser, de pensar, de vivir, de rezar, de hacer: esto es un reto de un orden totalmente diferente. Esto marca un tiempo en el que "lo viejo no es todavía lo suficientemente viejo para haber muerto, y lo nuevo es todavía demasiado joven para nacer". Un tiempo que exige aventurarse con valentía en lo desconocido.

Ofrezco "el tiempo intermedio" y "un cambio de era" como descripciones adecuadas de la época en que vivimos. Hablaré de varios "signos de los tiempos", es decir, de acontecimientos sísmicos o lugares de perturbación que ilustran cómo y dónde veo que se está produciendo un "cambio de época", observando concretamente los fenómenos de la perturbación del clima, la sexualidad, los nacionalismos populistas, el azote de la guerra y la pandemia mundial como acontecimientos proteicos que desafían las formas establecidas de pensar y de ser. A continuación, me dirigiré a la tradición cristiana para recuperar su sabiduría en cuanto a la *valentía* como la gracia y la virtud necesarias mientras vivimos en medio de este tiempo de cambio y agitación. Concluyo ofreciendo un debate sobre lo que esa valentía requiere de ustedes como herederos del manto de Juan Bautista de La Salle -a saber, convertirse en valientes signos de esperanza para una nueva humanidad- mientras vivimos en una era que aún no conoce su nombre.

¹"El catolicismo puede y debe cambiar, dice Francisco con fuerza en la reunión de la iglesia italiana", *National Catholic Reporter* (10 de noviembre de 2015). <https://www.ncronline.org/news/vatican/catholicism-can-and-must-change-francis-forcefully-tells-italian-church-gathering>. Consultado el 27 de mayo de 2020.

Primera parte: Los signos de la época y los lugares de erupción

A. *Alteración del clima*

Llamo nuestra atención sobre varios acontecimientos: (1) Los grandes incendios forestales en el Amazonas, agravados por la negativa del presidente de Brasil a aceptar las ofertas de ayuda exterior para hacer frente a la amenaza global para los "pulmones" del planeta, para nuestros pulmones, para la supervivencia de la humanidad. (2) La declaración del Secretario General de las Naciones Unidas, declarando la crisis climática un "código rojo" para la humanidad. (3) El fracaso de los acuerdos del Acuerdo de París que pretendían frenar el calentamiento global y las emisiones tóxicas. Y (4) la continua dependencia de las economías de las principales naciones desarrolladas y en desarrollo de los combustibles fósiles y extractivos. Estamos asistiendo a momentos en los que actores individuales y nacionales pueden tomar decisiones que ponen en peligro la supervivencia del *homo sapiens* y comprometen el florecimiento del propio planeta.

Ahora, observen la drástica disminución de los hielos árticos, el deshielo de los glaciares de Groenlandia, el constante retroceso de los hielos del Polo Sur, el catastrófico aumento de la magnitud de los huracanes y otras catástrofes naturales: de hecho, los científicos hacen sonar la alarma y nos dicen que los casquetes polares de la Tierra se han derretido más rápido en los últimos veinte años que en los 10.000 anteriores. Además, cientos de miles de especies vivas ya se han extinguido, y muchas otras están muy amenazadas; ya estamos en una era de extinción masiva.

Estos acontecimientos indican que hemos llegado a los límites de lo que puede

hacer un paradigma político de soberanía nacional basado en Estados-nación independientes frente a una crisis planetaria que pone en peligro la supervivencia de la humanidad.

¿Y las "periferias" que reclaman nuestra atención privilegiada? Éstas y sus pueblos son los más amenazados. De hecho, las naciones insulares de Asia y Micronesia ya se están preparando para el impacto catastrófico de la subida del nivel del mar. Y sin embargo, ¿quién o qué limitará nuestro comportamiento para que podamos vivir juntos en lo que el Papa Francisco llama "nuestra casa común"? No podemos imaginar las nuevas formas de gobierno y de organización humana necesarias para hacer frente a esta crisis de forma adecuada y eficaz.

La magnitud de los cambios necesarios para la supervivencia natural y humana, especialmente para los que vivimos en el Norte Global, son aterradores de contemplar. Reconocemos vagamente que no podemos seguir como hasta ahora. Porque la simple verdad es que la tierra no tiene los recursos para mantener a todo el mundo en los estilos de vida que disfrutaban los sectores privilegiados del Norte Global. Sin embargo, carecemos de la voluntad, tal vez incluso de la capacidad, para entretenernos o prever las nuevas formas de vida que se necesitan. Estamos en un tiempo intermedio. Un cambio de época.

B. La sexualidad: Más allá de la "revolución sexual"

Los retos que suponen la alteración del medio ambiente y la devastación ecológica pueden parecer remotos, ya que no nos afectan directamente a la mayoría de nosotros, todavía. Sin embargo, los grandes avances que se están produciendo en el ámbito de la sexualidad y el género nos afectan de forma mucho más personal e íntima. Por "cambio de época" en el ámbito de la sexualidad, me refiero a algo mucho más trascendental que lo que se suele denominar "revolución sexual", en la que comportamientos que antes eran

tabú se han convertido en algo más discutido e incluso aceptado. Me refiero a algo de mayor alcance que la aceptación casual de la cohabitación heterosexual

antes del matrimonio o el reconocimiento legal de las relaciones y parejas del mismo sexo. Quiero decir que nuestra propia comprensión de la sexualidad está experimentando un cambio radical.

Soy consciente de que se trata de un tema tenso y sensible. Sin embargo, vengo a ustedes recién llegado de una reunión con las facultades de teología de la Universidad De La Salle de Manila (muy cerca de Pattaya), el Ateneo de Manila y la Asociación de Educadores Religiosos de Filipinas. Me pidieron que abordara el tema "Conversaciones sobre sexualidad y género en la educación religiosa". ¿Por qué? Porque sus alumnos - *nuestros* alumnos- están planteando cuestiones profundas sobre la sexualidad humana, cuestiones que no se abordan fácilmente en los marcos que hemos heredado. No son preguntas que provengan únicamente de los lugares privilegiados de Europa o América. Son las preguntas de la periferia.

La sexualidad humana se ha entendido tradicionalmente de forma binaria, es decir, como un sistema de dos polos opuestos que existen de forma pura o fija y que no pueden coexistir en la misma persona. Por ejemplo, se es hombre o mujer, homosexual o heterosexual, masculino o femenino. Pero ahora las ciencias humanas entienden que la sexualidad humana es mucho más compleja. Por ejemplo, la orientación sexual de una persona puede ser más o menos fluida, y puede oscilar en un *espectro que* va desde exclusivamente, a mayoritariamente, a incidentalmente homosexual y exclusivamente, a mayoritariamente, a incidentalmente heterosexual. Además, la gama de expresiones sexuales se ha ampliado para incluir la bisexualidad, la pansexualidad, la polisexualidad y la

asexualidad.

– y esto no es un listado inclusivo.

Además, el abanico de identidades y expresiones de género es ahora mucho más controvertido y pluriforme, incluyendo identidades como la intersexual, la transgénero, la transexual, la no binaria, la de género fluido y la queer. Además, las expresiones tradicionales de la sexualidad han sido cuestionadas e incluso controvertidas, como lo demuestra el movimiento #MeToo y los debates sobre la masculinidad tóxica. Estamos cuestionando lo que significa ser un hombre y qué es exactamente una masculinidad saludable. (De hecho, una cuestión importante en el futuro es cómo un Instituto de Hermanos totalmente masculino crea relaciones cálidas y genuinamente colegiadas con La Sallians que son mujeres). Todo esto apunta a que estamos viviendo en medio de cambios radicales en nuestra forma de entender el género y la sexualidad - de hecho, de las *sexualidades* humanas.

Estos grandes cambios en las actitudes sociales y en la comprensión humana revelan claramente los límites de nuestra ética sexual tradicional (es decir, de la Iglesia). Nuestra ética sexual tradicional se ha centrado -y con demasiada frecuencia sigue haciéndolo- en la regulación y adecuación de comportamientos sexuales o actos sexuales como la masturbación, las relaciones sexuales prematrimoniales o no matrimoniales y la actividad entre personas del mismo sexo.

Pero la disciplina de la ética sexual está evolucionando desde un análisis de los *comportamientos sexuales* (por ejemplo, una ética que se centra en las cuestiones de: ¿Quién puede hacer qué con quién? y en qué circunstancias?) a una reflexión sobre la *sexualidad* ética y la *autenticidad* sexual, que lleva a un conjunto diferente de

preguntas: ¿Qué significa ser una persona sexual? ¿Para qué sirve la sexualidad humana? ¿Qué significa ser un auténtico ser sexual? ¿Qué es el discipulado sexual? ¿Cómo ser una persona sexual encarna la imagen de Dios en el mundo? ¿Qué

¿Qué significa *encarnar a Dios*, ser el *cuerpo* de Dios, en el mundo? De hecho, ¿qué significa ser un hombre o una mujer a imagen de Dios?

Estas cuestiones son inquietantes e incluso profundamente perturbadoras. Nos llevan mucho más allá de lo que nuestra reflexión ética y nuestras enseñanzas tradicionales -y la formación religiosa en materia de sexualidad- pueden explicar. Por ejemplo, ya no vivimos en un mundo en el que podamos presumir que los candidatos que vienen a nosotros -o los que se quedan- son vírgenes heterosexuales. (En realidad, nunca pudimos, pero hicimos todo lo posible por fingir -y, lamentablemente, demasiado a menudo seguimos haciéndolo). Sin embargo, pocos de nosotros tenemos la formación o las habilidades para este tipo de exploración honesta de una dimensión central de nuestro ser. Nuestra formación en la llamada al celibato es, cuando somos sinceros, a menudo inadecuada. Esto tiene implicaciones para la vida religiosa y la vida en comunidad que piden a gritos espacios para una discusión segura y sanadora.

Los cambios de paradigma en nuestra comprensión de la sexualidad humana dan forma a las fallas y fracturas presentes en nuestros ministerios educativos. En la reunión de Manila, dos estudiantes que se identificaron como "queer" o no heteronormativos hablaron del dolor que ellos y sus compañeros sentían por la falta de una conversación abierta y honesta sobre la brecha entre su experiencia de vida y su formación en la fe. Anhelaban una espiritualidad y unas formas de rezar que les permitieran integrar su sexualidad y su deseo de Dios.

Y no están solos. Por ejemplo, al concluir el Sínodo de 2018 sobre los jóvenes y la

juventud, los obispos reunidos reflexionaron sobre lo que habían vivido, incluyendo las peticiones de muchos jóvenes de una ética sexual más realista que tome

de las tendencias contemporáneas y expresa una mayor aceptación de las personas LGBTQI y sus relaciones. En su "Informe final", los participantes en el Sínodo hicieron esta observación:

Hay cuestiones relativas al cuerpo, a la afectividad y a la sexualidad que requieren una exploración antropológica, teológica y pastoral más profunda, que debe hacerse de la manera más adecuada, ya sea a nivel global o local. Entre ellas, destacan especialmente las relativas a la diferencia y armonía entre las identidades e inclinaciones sexuales masculinas y femeninas.

Esta declaración suscitó gran preocupación e inquietud entre algunos miembros de la Iglesia, incluso entre personalidades de alto rango e influencia. El cardenal Pell, de Australia, y el arzobispo Chaput, entonces ordinario de la sede de Filadelfia (EE.UU.), fueron algunos de los que se dieron cuenta de que este llamamiento a un examen más profundo implicaba la admisión de que las enseñanzas actuales eran de algún modo deficientes o inadecuadas. Parfraseando su preocupación: ¿Por qué habría que explorar o examinar unas enseñanzas que ya son claras y seguras?

Otros, entre los que me incluyo, coincidieron en que esta convocatoria a una exploración más profunda sugiere claramente que el Sínodo llegó a un consenso de que la enseñanza actual sobre la sexualidad humana es, de hecho, problemática. *El Servicio de Noticias Religiosas* me citó (con precisión) señalando:

Massingale dijo que está claro que los obispos saben que algo tiene que cambiar, pero dijo que está igualmente claro que no están seguros "de lo

que ese cambio implicaría o debería implicar; es decir, no están seguros de lo que debería

ser la nueva forma de la enseñanza católica sobre la sexualidad".²

Algo tiene que cambiar en nuestro compromiso con la nueva comprensión de la sexualidad humana. Pero nosotros -y no sólo los obispos- no estamos seguros de cuáles deben ser esos cambios. Vivimos en un tiempo intermedio, un tiempo al que todavía no se le puede poner nombre, en el que "lo viejo no es lo suficientemente viejo para haber muerto y lo nuevo es todavía demasiado joven para nacer". Esta agitación e incertidumbre es tanto más traumática cuanto que la sexualidad es el ámbito en el que somos más vulnerables, y un campo en el que los cambios sísmicos se experimentan como más confusos y personalmente amenazadores.

C. El auge de los nacionalismos populistas y excluyentes

Uno de los focos más significativos de agitación y desestabilización social en esta época de cambio es el resurgimiento de los nacionalismos populistas globales, especialmente en respuesta a las identidades nacionales cambiantes no deseadas o no deseadas. En muchos lugares, vemos un inquietante y creciente atractivo de los movimientos políticos nacionalistas populistas, por ejemplo, en Hungría, Brasil, Polonia, Francia, Estados Unidos y Filipinas. En otras zonas, los conflictos étnicos hierven a fuego lento y a veces estallan en divisiones violentas, como en Sudán, Eritrea, Nigeria – por nombrar algunos, y la lista no es exhaustiva.

Los nacionalismos se caracterizan por la exagerada importancia de un in-grupo social, generalmente definido por criterios raciales o étnicos (por ejemplo, lengua, religión, color de piel). Los grupos que

²Este relato de la convocatoria sinodal y el posterior debate se recogió en *Servicio de Noticias Religiosas* (30 de octubre de 2018).

Las diferencias son vistas como amenazas a un orden social deseado marcado por una identidad supuestamente uniforme (por ejemplo, "europeo" frente a "musulmán"; "cristiano blanco" frente a "marxista secular"; puro frente a mixto). Las personas consideradas ajenas a la sociedad son consideradas una amenaza para el orden y la estabilidad social, y se les acusa de quitarles beneficios a los que se consideran con derecho por un mítico sentido de pertenencia.

El nacionalismo puede definirse como esa convicción no racional, instintiva y visceral de que el país -sus espacios públicos, sus instituciones políticas y su patrimonio cultural- pertenece a un grupo de un modo que no pertenece ni debe pertenecer a "otros". Los nacionalismos populistas no están siempre, ni siquiera principalmente, motivados por el odio. Los actos de odio pueden ser una consecuencia si la amenaza a una identidad social no puede resolverse de otras maneras. Pero en el fondo, los nacionalismos tienen más que ver con la pertenencia, y con las ansiedades que despiertan los rápidos cambios demográficos: "¿De quién es este país?" "¿De quién es esta tierra?" "¿Quién pertenece aquí?" "¿De quién es esta iglesia?" Estas son las principales preguntas y preocupaciones nacionalistas. Y conducen a respuestas reaccionarias a cambios sociales no deseados, como las políticas restrictivas de inmigración y la prohibición de prácticas religiosas.

Por ejemplo, en Estados Unidos, el auge del nacionalismo blanco no puede entenderse con exactitud a menos que lo veamos como una respuesta a la ansiedad que despierta en muchos blancos americanos el hecho de vivir en un entorno social y

cultural fundamentalmente cambiante. La demografía cambiante señala una identidad nacional cambiante. Para decirlo sin rodeos, ya no somos una "nación cristiana blanca", y muchos americanos cristianos blancos están nerviosos y enfadados. Podemos ver una expresión de estos sentimientos en la reacción de los influyentes políticos

comentarista, Bill O'Reilly, a los resultados de las elecciones presidenciales de 2012. Tras conocerse que el presidente Obama había sido reelegido, O'Reilly se lamentó: "La demografía está cambiando. Ya no es una América tradicional. El establishment blanco es ahora un minoría".³

Las opiniones de O'Reilly ilustran a la perfección lo que he denominado "choque cultural" que se ha apoderado de algunas naciones al responder con confusión y enfado al cambio de identidades nacionales y culturales que se está produciendo en su país. El choque cultural describe la ansiedad que uno experimenta cuando se encuentra en un entorno desconocido, extranjero o extraño en el que las normas sociales, las costumbres y las expectativas son diferentes de lo que uno espera o experimenta como "normal" y no sabe cómo actuar. Porque la cultura configura lo que consideramos normativo -la forma en que deben ser las cosas- y, aún más, la cultura configura nuestra identidad y nuestra autocomprensión. Cuando ese choque cultural se produce en el país de origen, se experimenta como una amenaza existencial que socava la propia identidad y los fundamentos sobre los que algunos creen que se construyó el país (por ejemplo, como una nación cristiana blanca, o una nación para cristianos blancos).

El nacionalismo populista también afecta a nuestra iglesia, incluidas nuestras comunidades religiosas. No somos inmunes a la ansiedad por una demografía cambiante o por el "oscurecimiento". Existe una profunda ambivalencia católica paralela a las preocupaciones de los nacionalismos seculares, que se manifiesta

³Como se dijo en FOX News, el 6 de noviembre de 2012.

en ansiedades sobre: "¿De quién es esta iglesia?" y "¿De quién es esta comunidad?" ¿Quién pertenece realmente? ¿Quién cuenta realmente como uno de "nosotros"?

El nacionalismo, ya sea en la iglesia o en la sociedad, no es siempre, ni siquiera principalmente, una cuestión de odio. Se trata de anhelar una utopía mítica afirmando agresivamente la pertenencia y el dominio por un sentimiento de ansiedad ante el cambio demográfico y social.

D. El azote de la guerra

Los nacionalismos tienden a la exclusión y la xenofobia. En el extremo, estallan en guerra. La guerra está ahora siempre presente en nuestras mentes, ya que nos duelen las almas con las trágicas imágenes del sufrimiento humano y la crueldad bárbara que ha estallado en la Europa "civilizada". La atención del mundo está fijada en Ucrania. Pero no podemos olvidar los muchos otros conflictos armados violentos en el mundo: en Yemen, Sudán, Siria, Eritrea, la República Democrática del Congo. Nos embarga una nueva forma de ansiedad, ya que las amenazas veladas de guerra nuclear y aniquilación se escuchan con una urgencia y frecuencia que la mayoría de nosotros esperaba que quedara en el olvido.

Los Papas han enseñado que la guerra es un "fracaso para la humanidad". Los costes de los desplazamientos humanos conllevan nuevas formas de marginación y vulnerabilidad. Los centros de cultura y aprendizaje se han convertido en las nuevas periferias. Personas antes privilegiadas se han convertido en refugiados del terror traumatizados. El clamor de la guerra desafía nuestra fe en el Príncipe de la Paz. ¿Cómo

vamos a ejercer nuestro ministerio en un mundo que acaba de tomar conciencia de la fragilidad de la vida y de la caprichosa actitud de sus dirigentes? ¿Cómo ejercer el ministerio en una época de tanta vulnerabilidad y precariedad?

E. La pandemia mundial

El cambio de nuestro lugar de reunión es testimonio de la continua perturbación de la pandemia de COVID. Cuando estalló por primera vez, escribí en mi diario personal expresando la esperanza de que, al estar toda la comunidad mundial y humana afectada por una amenaza común al mismo tiempo, esto llevaría a la comprensión de que somos una sola especie humana, unida en solidaridad. Esa esperanza parece ahora ingenua. En lugar de unirnos, la pandemia ha puesto de manifiesto y ha exacerbado las divisiones sociales entre ricos e indigentes. Los trabajadores con salarios bajos se consideraron "esenciales" y se sacrificaron para atender las necesidades de los privilegiados sociales que podían permitirse la seguridad del aislamiento. Las disparidades globales en el acceso a la educación y a la atención sanitaria se hicieron claramente evidentes, y apenas se hizo nada para cerrar estas brechas.

Por ejemplo, en la ciudad de Nueva York, una sensación de crisis se apoderó de los dirigentes civiles al comprobar que 300.000 escolares carecían de acceso a los ordenadores necesarios para la enseñanza a distancia. De la noche a la mañana, se encontraron los fondos para proporcionarlos. Pero esto suscitó las siguientes preguntas: "¿Por qué no se proporcionaron desde el principio? ¿Por qué sólo ahora?".

La pandemia nos ha inquietado y perturbado, revelando nuestra mortalidad, nuestra mezquindad, nuestra vulnerabilidad, nuestra propensión a la negación y nuestra impotencia ante fuerzas que no podemos controlar y que no entendemos. Estamos empezando a comprender que no podemos "volver a la normalidad". Y aún no hemos

llegado a una "nueva normalidad". Estamos en una nueva era. Una era que aún no podemos nombrar.

Las crisis ecológicas; los trastornos de la sexualidad; los conflictos étnicos y los resentimientos nacionalistas; el desplazamiento de la guerra y el terror de la enfermedad: estos signos fundamentales de la época revelan algo indiscutible cuando los consideramos en su conjunto. Vivimos un cambio de época, un nuevo tiempo, una nueva era, que aún no tiene nombre ni sabe nombrarse a sí misma. La nuestra es una época de ansiedad y fragilidad. Una fragilidad experimentada personal, interpersonal, social y culturalmente. Una ansiedad por las corrientes actuales e inminentes de cambio trascendental y el miedo a que la realidad -que nosotros- no vuelva a ser la misma.

Citando el poema de O'Donohue:

Ningún lugar se parece a sí mismo, la
pérdida del contorno hace que todo parezca
extrañamente intermedio, inseguro de lo que
ha sido, o de lo que podría venir. El camino
que tomaste para llegar aquí se ha
desvanecido; El camino hacia adelante aún se
te oculta. "Lo viejo no es tan viejo como para
haber muerto;

Lo nuevo es aún demasiado joven para
nacer".

El Papa Francisco, en un discurso pronunciado ante los religiosos profesos en Mozambique, describió con acierto el reto y la llamada que se nos hace en este tiempo intermedio: "Nos guste o no, estamos llamados a afrontar la realidad tal como es. *Los*

tiempos cambian y tenemos que darnos cuenta de que a menudo no sabemos encontrar nuestro lugar en los nuevos escenarios: seguimos soñando con los 'puerros de Egipto' (Núm. 11:5), olvidando que la tierra prometida está ante

nosotros, no detrás de nosotros, y en nuestro lamento por los tiempos pasados, nos estamos convirtiendo en piedra".⁴

¿Tenemos el valor de soñar, el valor de descubrir nuevos caminos para un nuevo tiempo, el valor de ir con confianza hacia el futuro que el presente no es más que un intermedio, un interludio?

Segunda parte: El valor de enfrentarse a lo nuevo y adentrarse en lo desconocido

¿Cómo debemos vivir en este tiempo intermedio? Nuestra tradición religiosa nos ofrece una valiosa sabiduría para navegar y vivir en esta nueva era que se avecina. Reflexionaré sobre esta sabiduría analizando cuatro ideas especialmente relevantes para nuestra situación: el valor, la esperanza, el *gnomo* y YHWH.

1. Valor

Empiezo citando a un gigante de la tradición católica, no sólo por sus sabias ideas, sino también porque nunca te puedes meter en problemas como católico citando a Tomás de Aquino: "El valor es la condición previa de toda virtud". Es decir, para ejercer cualquier virtud, hay que poseer valor. Continúa diciendo que la valentía no es la ausencia de miedo, sino la fortaleza para soportar las dificultades y el miedo en aras de hacer lo correcto en presencia de la injusticia. La valentía impide que el miedo nos paralice en el silencio o la inacción ante la resistencia. *El valor es la virtud que traduce nuestras convicciones en acción.* Necesitamos crear una nueva iglesia y nuevas estructuras de vida religiosa en las que la obediencia no sea la principal

⁴Papa Francisco, "Discurso a los sacerdotes y religiosos de Mozambique", (5 de septiembre de 2019).

virtud, sino el valor.

Sus documentos preparatorios le invitan a adentrarse con audacia en las periferias. Esa fue la inspiración que motivó la elección original de Pattaya. Para responder a esta llamada, necesitáis valor: el valor no sólo de ir a las periferias, sino el valor de vivir allí y hacer de las periferias vuestro hogar, y *el valor de arriesgaros a convertirlos en periféricos vosotros mismos.*

Por definición, la periferia marca los bordes de la vida, las fronteras de la aventura humana, los límites de la preocupación humana y las fronteras de la compasión humana. Por definición, la periferia es lo contrario de lo que es el centro privilegiado; se encuentra más allá de lo que está asentado y es seguro. Vivir en la periferia significa hacer de los relegados a los márgenes el centro de tu vida y el foco de tu ministerio.

Y aún hay más. Vivir en la periferia significa que debes tener el valor de desafiar la marginalidad de los que viven allí sin elección. Y utilizar tu ministerio de educación y evangelización para nombrar las fuerzas que hacen que los que viven en la periferia sean marginales. Necesitas valor -el don del Espíritu- para nombrar los males sociales que hacen que los pequeños de Dios sean marginales a la preocupación de los privilegiados y poderosos. Me atrevo a decir que los Hermanos de La Salle no pueden educar bien si no son también agentes de justicia para los pobres. Justicia y educación - justicia y evangelización- son inseparables.⁵

⁵En este sentido, véase especialmente la declaración del Sínodo de los Obispos de 1971,

"La justicia en el mundo", y la exhortación apostólica del Papa Pablo VI, *Evangelii Nuntiandi* (1975).

Necesitamos coraje para responder a la llamada del Papa Francisco a actuar con *parrhesia*, es decir, con santa audacia y apasionada honestidad, para responder a la convocatoria y llegada de lo nuevo.⁶

2. *Esperanza*

Nuestra tradición de fe tiene una valiosa comprensión de la esperanza que hay que recuperar. La esperanza es esa orientación interior del espíritu humano que le sostiene a uno en la búsqueda de un futuro *no garantizado frente a* formidables obstáculos.⁷ La esperanza nos mantiene en movimiento hacia el futuro cuando todo lo que podemos ver y experimentar son los severos desafíos para su realización.

Pero hay que tener cuidado. "Esperanza" no es lo mismo que "optimismo". La esperanza no es una creencia en el éxito inevitable. Al fin y al cabo, si el éxito está garantizado, no hay que tener esperanza en él. Como dice el ensayista y ex presidente checo Vaclav Havel, la esperanza "no es la convicción de que algo saldrá bien, sino la certeza de que algo tiene sentido, independientemente de cómo resulte".⁸

Por decirlo de otro modo: El optimismo es la mentalidad de que el bien *siempre* triunfa sobre el mal, y más pronto que tarde. Los optimistas creen que las victorias son de bajo coste. Optimismo

⁶El Papa llama al sínodo a hablar con "audacia"; el cardenal defiende las enseñanzas actuales", *National Catholic Reporter* (6 de octubre de 2014): <https://www.ncronline.org/news/vatican/pope-calls-synod-speak-boldly-cardinal-defends-current-teachings>. Otra fuente señala que *la parrhesia* es una "favorita en boca del Papa Francisco"; véase *The Catechetical Review*, <https://review.catechetics.com/editors-notes-parrhesia>.

⁷Bryan N. Massingale, *Racial Justice and the Catholic Church*, 147. Aquí desarrollo una presentación más completa de esta importante virtud.

⁸Citado en Massingale, *Racial Justice and the Catholic Church*, 147.

crea en las soluciones rápidas, las victorias fáciles y los finales felices.

La esperanza es muy diferente. La esperanza cree que el bien *acaba* prevaleciendo sobre el mal... pero no *siempre*. La victoria final suele tener un coste terrible; muchos de los justos pagarán un precio muy alto. Este tipo de esperanza se expresa en las palabras de Arthur Falls, un activista afroamericano por los derechos civiles y miembro del Trabajador Católico de Chicago en los años sesenta que, cuando le preguntaron qué le daba esperanza en la lucha por la justicia, respondió "*Cuando trabajas por la justicia, no siempre pierdes*".

No *siempre se pierde*. Esa es la esperanza cristiana. La esperanza cristiana se basa en la resurrección. La resurrección no fue el rescate de última hora de Jesús; no es una escapada por los pelos de la muerte o un roce con la tragedia. Jesús murió. Y punto. El bien no prevaleció el Viernes Santo. La resurrección trata de lo que Dios puede sacar de la tragedia, el fracaso y la muerte.

La esperanza nos sostiene en el morir necesario para resucitar. Un capítulo general marca un nuevo momento en la vida de los hermanos. Pero para responder a la convocatoria de ir a nuevos lugares, para responder al encargo hecho a Pedro en el evangelio del domingo pasado "de que otro os lleve a donde no queréis ir" (Juan 21), se necesita esperanza. Hay un riesgo en ir a la periferia. Hay un riesgo en crear nuevas estructuras, nuevas formas de vivir y pensar. Hay que renunciar a lo anterior. La esperanza de la resurrección nos sostiene donde el optimismo fácil nos falla. La esperanza de resurrección nos permite arriesgarnos a una nueva comprensión de la vida religiosa sabiendo

que el fracaso humano no es el final, sino el preludio de posibilidades que van más allá de nuestra capacidad de

sueño. La resurrección es la base de nuestra esperanza.

La esperanza viene de darse cuenta de que somos parte de una "carrera de relevos", parte de la tradición de los buscadores de justicia. No eres más que una parte de una cadena de Hermanos, una tradición que comenzó hace más de 340 años. Heredáis el testigo de los que os han precedido. Nosotros hacemos nuestra parte, corriendo nuestra etapa de la carrera, por así decirlo, haciendo nuestra contribución, y nada más. Puede que no crucemos la línea de meta. Lo más probable es que no seamos los corredores que rompan la cinta. Puede que no veamos el futuro que anhelamos y por el que actuamos. Y, sin embargo, actuamos ahora por el bien de los que corrieron antes que nosotros y por los que vendrán después. Corremos nuestra etapa de la carrera; hacemos nuestra parte; y luego confiamos en los que vendrán después. Eso es la esperanza.

3. *Gnomo* (palabra griega que se pronuncia "no-may")

Gnome es una palabra extraña, otra que tomo prestada de las ideas de Tomás de Aquino. *Gnomo* es la capacidad de razonar bien en una situación excepcional.⁹ Como dice el Aquinate: "Ahora bien, a veces sucede que hay que hacer algo que no está contemplado en las reglas comunes de las acciones".¹⁰ *Gnome* es la capacidad de responder en la situación novedosa en la que las reglas dadas no funcionan y ya no son adecuadas. En otras palabras, debido a la infinita variedad de situaciones humanas, y a que nos enfrentamos a situaciones sin precedentes, *gnome* es esa virtud agraciada que trabaja con la imaginación y la creatividad ante lo novedoso, lo nuevo,

⁹"La virtud del discernimiento superior (*gnome*) es capaz de discernir cuándo una regla particular debe ser dejada de lado por algún principio superior". Cf. Steven J. Jensen, *American*

Catholic Philosophical Quarterly 82:3 (verano 2008) 411.

¹⁰Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, II-II, Q. 51, a. 4, corp.

y lo inédito. Nos permite inventar nuevas herramientas y enfoques para nuevas situaciones. Nos permite reconocer lo nuevo y no utilizar soluciones gastadas para problemas totalmente nuevos.

Necesitamos *gnomos* para vivir en este tiempo intermedio y habitar en la periferia. Porque los enemigos de "frecuentar el futuro" y "anticipar las necesidades de una nueva generación"¹¹ son *la nostalgia* y *la desesperación*. La nostalgia añora una época pasada que ya no existe. La nostalgia dice que las cosas serían mejores si pudiéramos ser como antes. Añoranza de los días en los que los Hermanos dirigían el espectáculo; añoranza de un gran número de nuevos miembros; añoranza de certezas asentadas y viviendas confortables. Por otro lado, la desesperación dice: "¿Para qué molestarse? Nada va a cambiar nunca. Ya lo hemos intentado. No hay ningún futuro por el que merezca la pena trabajar. Hagamos que nuestra muerte sea lo menos dolorosa posible".

Gnome nos da la capacidad de avanzar hacia lo nuevo sin nostalgia ni desesperación, confiando en que tenemos la capacidad de razonar bien ante lo desconocido e incógnito. *Gnome* es la capacidad de aceptar nuevas soluciones y nuevas mentalidades, la gracia de ser creativo ante lo desconocido.

4. *YHWH: el inefable misterio sagrado*

Recientemente, en mi Oración Centrada, me he centrado en un nuevo título para la Divinidad: "Tú que das a luz el futuro". Esto me llevó a investigar ese enigmático y misterioso nombre personal

¹¹Hermano Robert Schieler, FSC, *Joyfully I Behold Your Enduring Hope: Pastoral Letter to*

the Brothers (25 de diciembre de 2021), p. 7.

para Dios, el Tetragrammaton, las cuatro letras consonantes impronunciables que son el nombre revelado por Dios a Moisés: YHWH. Traducido a menudo como "YO SOY" o "Yo soy el que soy", descubrí que los autores judíos han traducido el Nombre Divino con una orientación más futura: "El que hace que sea lo que ha de ser", o "Yo hago que sea lo que llegará a ser", o "El Dios que hace nuevo y llama a la existencia a las cosas que no existen".¹²

Hago que sea lo que llegará a ser. Dios, el Santo, está presente para nosotros como el futuro que está llegando a ser. El Misterio Divino está presente y activo en el desarrollo de la nueva era que está amaneciendo sobre nosotros. Los trastornos y dislocaciones que acompañan a la llegada de la nueva era no son más que las corrientes y remolinos del advenimiento de YHWH, ese misterioso, dinámico y apasionado que actúa en tiempo de "futuro presente". (Sé que no existe ese tiempo verbal en español. Esto muestra las limitaciones del lenguaje humano para describir la realidad y la actividad de la Deidad). El futuro venidero, aunque perturbador, es todavía digno de confianza, lleno de la realidad misteriosa, impresionante, dinámica, apasionada e incluso erótica de YHWH. Y nosotros, que somos testigos de YHWH, debemos ser cocreadores de lo nuevo: "He aquí que yo hago todas las cosas NUEVAS" (Apocalipsis 21). "¡Mira, estoy haciendo una cosa NUEVA! Incluso ahora, brota. ¿No lo percibís?" (Isaías 43).

Pero aún más importante, YHWH es el Fiel que nos sostiene en el tiempo intermedio, durante el tiempo intermedio entre la promesa y el cumplimiento. La eminencia bíblica

¹²Walter Bruggemann, *Teología del Antiguo Testamento*, p. 185.

El erudito Walter Brueggemann relata que el testimonio constante y consistente de Israel es que YHWH es el Dios que "nos sacó de Egipto y nos introdujo en la tierra".¹³ Esta confesión de fe declara que YHWH sostuvo al pueblo de Dios en el tiempo intermedio entre Egipto y Canaán, en el desierto que transcurrió entre su salida del antiguo y su llegada al nuevo. Así, el Santo también nos guía, nos conforta, nos sostiene y nos acompaña en nuestras estancias y en nuestro deambular por el desierto. Dios nos proporciona alimento, bebida y provisión en las "cosas" cotidianas, diarias, las pruebas poco románticas de trasladarse a un nuevo lugar y comenzar de nuevo. Este es YHWH, que nos acompaña en el arriesgado intermedio, cuando lo viejo no ha muerto del todo y lo nuevo no ha nacido del todo. YHWH es la fuente de nuestra esperanza, de nuestro valor, de nuestra capacidad de ser vulnerables.

Tercera parte: Convertirse en precursores "poseídos por Dios" de una nueva humanidad

¿Qué significa esto para vosotros, hermanos míos? ¿Cómo vivís la fraternidad en este tiempo intermedio mientras os preparáis para abrazar la llamada a ir más allá del centro hacia las periferias de la preocupación humana? Creo que nuestro futuro, especialmente como religiosos con votos que son testigos de la realidad de YHWH, depende de nuestra adhesión más profunda al Dios siempre creador y siempre sustentador que da a luz el futuro. Estamos llamados a ser "poseedores de Dios".

Me viene a la mente una frase atribuida a Albert Einstein: "El mundo que hemos creado es el producto de nuestro pensamiento; no puede cambiarse sin cambiar nuestro pensamiento. Si

¹³Walter Bruggemann, *Teología del Antiguo Testamento*, p. 202.

queremos cambiar el mundo tenemos que cambiar nuestra forma de pensar. *Ningún problema puede resolverse desde la misma conciencia que lo creó.* Debemos aprender a ver el mundo de nuevo".

Ningún problema puede resolverse desde el nivel de conciencia que lo creó. Necesitamos nuevas formas de pensar, vivir y amar. Esta es la llamada de la vida religiosa. Necesitamos ser testigos de las posibilidades de transformación humana. Necesitamos ser testigos de una nueva humanidad, de nuevas formas de ser humano, de convertirnos en *homo spiritualis*. Estamos llamados, me atrevo a decir, a estar entre la vanguardia y los pioneros de la evolución humana.

Ahora puedo escuchar a algunos de ustedes diciendo: "¡Whoa!" Puede que estén pensando: "Eh, Bryan, ¿no sabes que debemos ser "razonables" y "responsables"? Nuestro número ha disminuido. Cada vez somos menos. Estamos vendiendo propiedades, mudándonos a instalaciones más pequeñas. Algunos piensan que estamos llegando al final de nuestro camino como religiosos. Y por cierto, ¿no saben que la Iglesia tiene un serio problema de credibilidad? Algunos grupos están vendiendo propiedades para hacer frente a las demandas por abusos sexuales. Nuestros recursos financieros y emocionales se están agotando. ¿Y ahora quieren que seamos precursores de lo nuevo, que seamos testigos de una nueva forma de ser humano? ¿Que seamos los planos de una nueva humanidad? Hay que ser razonable".

Se le pueden perdonar esos pensamientos. Son tan razonables que se me ocurrió que podrías estar pensándolos.

Pero entonces recordé otro caso en el que Dios pidió lo imposible a lo improbable, y la respuesta humana que se dio: "Y Sara se rió". (Génesis 18:12)

(Y Abraham, debemos señalar, también se rió). Sara, recordó, pensó que el visitante angélico estaba diciendo tonterías. ¿Quién es este tipo, que me habla de sexo y de placer, y de dar a luz una nueva vida y de provocar nuevos comienzos, cuando tenemos más de 90 años? "Pero YHWH le dijo a Abraham: "¿Por qué se rió Sara y dijo: "¿De verdad voy a dar a luz, siendo tan vieja?" ¿Hay algo demasiado maravilloso que pueda hacer YHWH?" (Gen 18: 13-14)

¿Hay algo demasiado maravilloso para YHWH? ¿El sagrado e inefable Misterio que hace surgir lo imposible de lo improbable? Por eso estamos llamados a cultivar la mística – los poseídos por Dios, que son "poseídos por Dios" y amantes apasionados de lo divino. Porque cuando nos convertimos en lo que estamos destinados a ser, perdemos nuestras identidades demasiado pequeñas y nos capacitamos para realizar actos valientes de amor, esperanza y audacia en nombre del mundo que está naciendo.

Esto es lo que era Jesús. Jesús era un hombre con "fuego en su corazón".¹⁴ Su vida estaba totalmente centrada en el Reino de Dios. El Reino de Dios no es un lugar, ni una abreviatura de la vida después de la muerte o una recompensa por una vida bien vivida. Más bien, el Reino de Dios describe cómo será la vida cuando la voluntad de Dios se realice plenamente para la humanidad. Por ello, algunos estudiosos prefieren hablar del *Sueño* de Dios, o de la *Visión* de Dios. El Reino de Dios es la visión de Dios para la humanidad. Describe un estado de *shalom*: una palabra que traducimos como "paz", pero su significado es mucho más rico. *Shalom* es un estado de plenitud y bienestar, donde a nadie le faltan las necesidades esenciales,

¹⁴Hermano Superior General, *Carta Pastoral*, p. 11.

donde todos tienen lo que necesitan para una vida plena y abundante (Bruggemann). *Shalom* es un mundo en el que todos tienen lo que necesitan para vivir una vida plenamente digna, como corresponde a quienes han sido creados a imagen y semejanza de Dios; un mundo en el que la creación y las criaturas existen en armonía y en relaciones no explotadoras. Ese es el Reino de Dios.

Jesús era un hombre totalmente preocupado por el bienestar humano, porque estaba completamente centrado en el Reino de Dios. Estaba intoxicado por Dios; poseído por Dios.

Y así fue Juan Bautista de La Salle. Era un apasionado de Dios. Como estaba poseído por Dios y centrado en Dios, podía asumir riesgos valientes. Renunció a la comodidad y al estatus del privilegio clerical. Se acercó a los desatendidos, a los abandonados y a los maltratados, y vivió entre ellos y con ellos. Vivió en las periferias, entre aquellos a los que nadie iba y en un mundo en el que pocos entraban. Se atrevió a soñar y a crear algo nuevo, arriesgándose a la incomprensión eclesial, a la oposición social y al fracaso público. Fue pionero en nuevas formas de ser humano, de asociarse, porque estaba poseído por el Dios que le llamaba desde un mundo que aún no era. Y que le llamó a crear ese mundo futuro ahora mismo. Debido a su amor por Jesús, La Salle se vio capacitado para realizar actos valientes de amor, esperanza y audacia en nombre del Reino de Dios, del mundo que está por venir. Esto es lo que quiso decir cuando gritó: "¡Viva Jesús en nuestros corazones!". ¡Para siempre!

¡Vivir a Jesús en nuestros corazones! Esa es la pasión, el dinamismo, la energía que

nos sostiene mientras vivimos en un nuevo nivel de conciencia. Y desde ese lugar profundo en nuestro interior, encontramos

la valentía y la esperanza de arriesgarse a crear nuevas formas de pensar, vivir, rezar, enseñar y amar, mientras vivimos este tiempo intermedio que marca el amanecer de una nueva era.

En palabras de la estudiosa de la mística Gillian Alhgren: "La calidad de nuestra fe (así como la calidad de nuestra humanidad) se mediría en términos de nuestra capacidad de "encender el amor", es decir, de participar y difundir una nueva vida en un mundo moribundo, como el ave fénix, que, quemada, resurge de las mismas cenizas. [Los fundadores de la religión nos recuerdan que el objetivo, no sólo de la fe, sino también del ser humano, es ser atraído a la actividad amorosa -la actividad piadosa- a través de nuestra relación con lo divino. [Cuando nos sentimos atraídos fácil y alegremente por la labor de renovar el mundo, trabajando por la dignidad, renunciando y denunciando todo lo que es mortífero, creciendo en la verdad y el amor y la fidelidad, y atrayendo a otros a esta actividad creadora de vida".¹⁵

Esto es lo contrario del agotamiento, de un drenaje de recursos preciosos. Es un modelo de "desbordamiento radiante". Cuando nos centramos más y más profundamente en esa Realidad que es más profunda y más grande que nosotros -la que da a luz al futuro-, también nos convertimos en los pioneros y portadores de una nueva humanidad.

Este Capítulo General es una invitación a soñar el Sueño de Dios, a vivir la visión de Dios. Es "una invitación a que seamos socios activos en el trabajo de dar nueva vida a la humanidad

¹⁵Gillian T.W. Ahlgren, *Enkindling Love: El legado de Teresa de Ávila y Juan de la Cruz* (Fortress Press, 2016), 147-148.

comunidad".¹⁶ Esto ocurre de forma muy concreta: a través de la imaginación; a través de la creatividad; a través de la solidaridad y la protesta; a través de la escritura, la enseñanza y la predicación; a través de la oración, la contención y el amor; a través del cuidado apasionado y la audacia en nombre de la transformación personal, social y eclesial.

En resumen, estamos llamados a ser amantes apasionados de Dios y de la humanidad, que puedan vivir con gracia en las periferias de la vida humana; que sean pioneros de nuevas formas de pensar, vivir, amar, rezar y creer -las nuevas formas de ser humano- que están naciendo y deben nacer si la humanidad ha de sobrevivir. Nuestra vocación, por tanto, es convertirnos en lo que la erudita carmelita Constance FitzGerald llamó metafóricamente los precursores de un "nuevo gen" en la especie humana.¹⁷ Ser los pioneros del *homo spiritualis, del homo amans, del homo contemplativus*. Hacer de la periferia nuestro centro y nuestro corazón. Así es como nos convertimos en "signos de esperanza valiente" para una nueva era que aún no puede ser nombrada.

Terminemos con la conclusión del poema de O'Donohue, "For the Interim Time", con sus exhortaciones finales y palabras de esperanza (la cursiva es mía):

En la medida de lo posible, mantén tu
confianza.

No permitas que la confusión
desperdicie Esta llamada que se
afloja

¹⁶Gillian T.W. Ahlgren, *Enkindling Love*, 151-152.

¹⁷Constance FitzGerald, "From Impasse to Prophetic Hope", *CTSA Proceedings* 64 (2009)

Tus raíces en tierra falsa,
Para que te liberes De todo
lo que has superado.

Lo que se está transfigurando aquí es tu
mente, *Y es difícil y lento hacerse nueva.*
Cuanto más fielmente puedas soportar aquí,
Más refinado se volverá tu corazón
Por su llegada al nuevo amanecer.

Hermanos míos: ¡Sed valientes signos de esperanza!

Bryan N. Massingale
Universidad de Fordham